

EL VOTO DE LA IGLESIA

PARECE que el documento de la Comisión Permanente del Episcopado español va a tener bastante influencia en un censo electoral que vive todavía en el limbo de la indecisión, de la falta de una correspondencia clara entre sus necesidades y conceptos de la vida y la definición de los partidos políticos. La viveza con que la izquierda ha respondido a la declaración muestra hasta qué punto se siente herida por lo que el PCE y la ORT consideran una coacción, el PSOE una falta de objetividad hecha con "superficialidad y vaguedad", "creando la confusión propia de las actitudes farisáicas", la liga Comunista una inducción a votar a la derecha, incluso a los fascistas, pero no a los partidos obreros, y el grupo MC-OIC como antidemocrática. El documento es indudablemente político, y aunque "la Iglesia no tiene preferencias políticas y no puede tomar parte en la lucha por el poder, en la que han de tomar parte los distintos partidos políticos" (monseñor Tarancón en la primera de las tres "Cartas cristianas" dedicadas a las elecciones), el resultado de sus reflexiones y de su comunidad es que trata de alejar del poder a partidos que no corresponden a su concepto de la vida y favorecer a otros con los que está más identificada. En este caso, a la Unión de Centro Democrático. Como en Italia hizo con la Democracia Cristiana, hasta el punto de que ya no se sabe quién favorece a quién, o quién perjudica a quién, puesto que el resultado no es, finalmente, muy brillante. Uno de los temas evocados por los obispos españoles, el del divorcio, fue ya en Italia fruto de una operación conjunta entre la Iglesia y la DC gobernante; terminó en un referéndum catastrófico para los dos.

ES posible que la Iglesia católica, después de siglos de teocracia —desde el Edicto de Milán—, no tenga posibilidades de abstraerse realmente de la política. Incluso de aproximarse más a ella en momentos de debilidad, como sucede con otras religiones. La busca de una República islámica en el Irán —y en otras partes del mundo árabe—, con la ordenación de la vida basada en el libro revelado, es un ejemplo. No hay razón ninguna para pensar que cualquier religión que se crea en posesión de la verdad absoluta —y eso sucede con todas, si no no serían religiones— desee limitarla, ponerla en duda o aceptar una sociedad que la rehúye. La Iglesia católica tiene todo el derecho en emitir sus opiniones y en dirigir sus creyentes hacia un voto determinado que conduzca al poder hacia esa verdad absoluta. No otra cosa pretenden los partidos políticos. El problema está cuando la utilización de esa verdad y ese poder que puede conquistarse

se impongan a los no creyentes. Volviendo al ejemplo del divorcio, parece claro que la Iglesia, basada en creencias y en estudios en los que lo espiritual se mezcla con lo temporal, emita una doctrina contraria y lo prohíba a sus creyentes. Tratar de prohibirlo para la totalidad de la nación o de administrarlo en forma eclesiástica es una agresión a la democracia. Tan grave como si un partido divorcista tratara de obligar a divorciarse a todos los matrimonios una vez llegado al poder, y esta reducción al absurdo muestra el absurdo de la situación. Pero si es un partido político quien lo hace, la Iglesia quedará exenta de esta acusación. Y su inclinación a que sea ese partido político el que ocupe el poder es, naturalmente, lícita.



EL campo electoral sobre el que se ejerce esta presión es muy amplio en España. UCD ha hecho todo lo posible por sumarse esta fuerza, desde sus ambigüedades constitucionales y legislativas en materias a las que es sensible la Iglesia —el divorcio, los anticonceptivos, la enseñanza, el impuesto religioso, etcétera—, hasta actos ejecutivos más recientes, que van desde las prohibiciones, limitaciones y restricciones de ciertas formas de la libertad sexual —el cierre de los "sex-shop", la coacción contra espectáculos y publicaciones consideradas como pornográficas o escandalosas—, hasta la reciente y sorprendente negativa de legalización de la masonería, que parece ir contra toda costumbre democrática. Dictados que caen con cierta facilidad y cierta impunidad, porque los que no nos vemos implicados, ni siquiera como consumidores, en la pornografía, no hacemos nada por defenderla, como no hacemos nada por defender una masonería que nos es ajena: sin darnos cuenta de que toda esta coherencia prohibitiva está

configurando una sociedad más cerrada y buscando una alianza del partido gobernante, que tiene fines más allá de los simplemente enunciados, con la fuerza de la Iglesia y con la tendencia de una sociedad dominante que se rige todavía por normas de "buen gusto". UCD ha realizado toda esta política con la lentitud, la ambigüedad y el aparente distanciamiento que le convienen, para evitar pérdidas de votos liberales. Conseguir el documento episcopal es un triunfo.

NO se puede exonerar a los grandes partidos de la izquierda de todo lo que está sucediendo. La izquierda española aprendió con mucho dolor lo que suponía enfrentarse con la Iglesia. Aprendió que España es un país enormemente anticlerical, pero que este anticlericalismo, la mayor parte de las veces, no pasa de ser un folklore que va desde la gracia del chiste a la brutalidad de la blasfemia, pero no más allá. Aprendió que por encima de todo esto hay una fuerte religiosidad en España, que va desde la fe difusa, o desde la superstición incluso, hasta las grandes manifestaciones de catolicismo: hasta el martirio y, a veces, hasta el crimen. Sus nuevos sistemas de captación de votos, afiliados o simpatizantes, la llevaron hasta a negociar sus principios con los creyentes: una cuestión a escala mundial especialmente abierta en los más luminosos tiempos de Juan XXIII. Muchos creyentes, muchos hombres de Iglesia, entraron a su vez en este movimiento. Una gran dosis de buena fe, de esperanza y de ilusión se puso en las dos partes. Y, sin duda también, una buena cantidad de intereses y de conveniencias. Por parte de los partidos políticos, la de la salida del "ghetto" en que la vieja Iglesia —la vaticana y la nacional— tenía cercados a todos los partidos situados a partir del liberalismo, hacia la izquierda y el deseo de atraerse votos de una masa de creyentes tibios o dudosos, que es todavía la mayoría en España. Por parte de los hombres de Iglesia, además de la atracción por la justicia social, la afición al proselitismo, a la catequesis, a la conversión. Se buscaba una piedra filosofal. Quizá en muchos casos se haya encontrado, o haya estado a punto de encontrarse. Pero no ha llegado nunca a ser aceptada de una manera general.

EN busca de este amplio campo, los grandes partidos de la izquierda española han pecado también de ambigüedad. No han defendido con la fuerza con que antes lo hacían sus grandes principios de laicismo, y hasta de ateísmo, y los pequeños —pero enormemente importantes— de construcción de una sociedad libre, en la que los creyentes fueran sólo una libertad. Si UCD



En una situación de indecisión ante las urnas como la que caracteriza a las próximas elecciones, el documento de la Comisión Episcopal va a ocasionar que muchos electores opten por la moderación de la no pecaminosa UCD y que muchos creyentes inclinados a la izquierda se abstengan.

ha sido ambigua para no perder votos laicos, pero paciente y perseverante en hacer concesiones mayores a la Iglesia para conseguir su alianza y a los creyentes para conseguir su voto, los partidos de la izquierda han sido ambiguos o han soslayado como han podido ciertos temas para conseguir solamente la no hostilidad. Se han equivocado.

QUIZA no contaban con un movimiento de retroceso como el que ha sufrido la Iglesia en general. Quizá cuentan todavía con que no sea tan profundo, con que sea transitorio. Sin embargo, se vela venir. Estaba ya inscrito en la transición de Montini, aunque fuera discretamente. Se vio en la elección del efímero Luciani; se consagró en la Wojtila. Apenas necesitó unas horas el nuevo Papa para dar a conocer su identidad conservadora, en la que luego ha ido profundizando rápidamente. Sin embargo, la izquierda española laica, los católicos españoles considerados como progresistas, tardaron en reconocerlo, todavía no lo reconocen. Porque tendrían que reconocer no su error de ideología, sino su error político, su error de cálculo. Temían decepcionar a sus afiliados y electores conseguidos por esta vía; temían cegarse las vías de diálogo con los creyentes. Toda la campaña que una parte de la izquierda, del pensamiento de la izquierda, hace y está haciendo para no reconocer el conservadurismo de Juan Pablo II disfraza su necesidad psicológica de no reconocer lo que puede ser la catástrofe de una política lenta y delicada, y el descubrimiento de las reflexiones de aproximación que ahora ruedan, más que nunca, como ambigüedades, como concesiones y como pérdidas de identidad.

NO hay, naturalmente, ninguna prueba de que la declaración episcopal esté en relación con la nueva opinión vaticana, y menos aún de que esta nueva

opinión esté deliberadamente inscrita en una tendencia política de reciborización moral y social del mundo de Occidente. Pero la precesión es considerable. El efecto de captación de votos puede ser muy importante en España. La declaración episcopal se aleja de las opciones de extrema derecha — y a ello se debe la posibilidad de que ocho obispos considerados como favorables a ella emitan una declaración suplementaria, pero aceptan la actual porque también va en un sentido contrario a la izquierda— y determina como negativos los perfiles de la izquierda. Si describe y retrata por alusión —se ha dicho de la declaración que es un "retrato robot"— aquellos partidos a los que no hay que votar, deja incólume, por la alusión que supone el que sea el no aludido, al partido al que hay que votar. En una situación de crecimiento de abstenciones, de estupefacción ante las urnas, de indecisión y de falta de claridad de conciencia, el documento de la Iglesia va a procurar que muchos censados opten por la moderación de la no pecaminosa UCD; va a procurar también que muchos creyentes inclinados hacia la izquierda opten por la abstención.

LOS partidos de la izquierda habían calculado bien que su vieja oposición a la Iglesia y el antiguo anticlericalismo y ateísmo de sus ideologías, hasta el laicismo de algunos programas, podía serles perjudicial. Pero no habían calculado bien la posición de la Iglesia y su arrastre de siglos. Todavía tienen que recoger, para más desgracia, la última lección que les da monseñor Tarancón en su citada "Carta Episcopal": hay que definirse. "Y hemos de exigirles a todos (partidos, parlamentarios) que presenten con claridad su programa. Que nos descubran sus objetivos y las razones que los apoyan. Si los parlamentarios son representantes nuestros y actúan en nuestro nombre y con la autoridad del pueblo, el pueblo debe

exigirles que afronten en su propaganda los problemas fundamentales que tiene planteados nuestra sociedad y que nos indiquen los medios que se comprometen a utilizar para resolverlos adecuadamente". Es un desafío. Y es valiente y es razonable. Acusar ahora a la Iglesia de "injerencia" no tiene sentido más que a la luz de una óptica falseada y de una táctica sin fuerza. La Iglesia cumple su función de siempre —repetamos, desde el Edicto de Milán—, y la cumple sin vacilar. Cuando tiene que definirse, en el momento oportuno y determinante, lo hace.

LO que falla en esta ocasión no es la Iglesia, sino los partidos de la izquierda. En esta ocasión, como en tantas otras. Lo que pide monseñor Tarancón es lo que pedimos siempre los electores de la izquierda: que nuestros partidos mantengan una coherencia. Aunque pierdan las elecciones.

PORQUE hay dos maneras de enfrentarse con la lucha política. Una de ellas es la conquista del poder, aunque se pierdan jirones de identidad; otra es la de sostener la identidad, aun a costa de perder las posibilidades del poder inmediato. Se puede ser partidario de la segunda y comprender la primera, sobre todo si esa falta de identidad va en el sentido de comprensión y admisión de las opciones contrarias.

PERO lo que parece menos comprensible es que se pierda la identidad y al mismo tiempo las elecciones. Esta triste aventura le viene sucediendo a la izquierda española desde que murió Franco. Y quizá si fuera fiel a sí misma, a sus programas, a su ideología y a su identidad, y se ajustase realmente a la realidad de las necesidades materiales y morales de la sociedad, no perdería las elecciones. Aunque le robaran el poder. ■